

Diéronse por Rada con asombrosa actividad cuantas órdenes eran necesarias para efectuar el movimiento el 21, y para transmitir noticias al extranjero, hacer propaganda, facilitar recursos, municiones, armamento, vestuario, calzado y cuanto fuese necesario, formó una *junta real carlista*, con los que constituían la vasco-navarra, la sección de hacienda establecida en San Juan de Luz y otros señores.

Con tanto entusiasmo se iba á emprender la guerra, que se pensaba no durase mas que un mes desde que don Carlos atravesara los Pirineos hasta saludar triunfante las viejas banderas de Atocha. Creía tenerse todo bien concertado, á pesar de las ofertas que se hicieron á Nocedal. Cuando se condenaba la actitud de los que rechazaban la jefatura de Nocedal, afirmando así cuanto era posible afirmar su autoridad, se daban al día siguiente prevenciones reservadas para el alzamiento y se trasmitían á una junta secreta que funcionaba en Madrid, cuidándose mucho de que supiera Nocedal lo mas mínimo. Decíase en esas prevenciones, cuya revelación asombrará al señor Nocedal, y á nuestros lectores: «Dentro de pocos días recibirá V. E. la orden terminante de alzamiento, emanada directamente de S. M.; bien entendido que el jefe, cualquiera que sea su graduación, que deje de darle inmediato cumplimiento, *por muy poderosas que sean las razones que alegue*, será considerado reo de lesa majestad, y por consiguiente *pasado por las armas* tan pronto como sea posible... Mandará V. E. que el alzamiento se verifique el mismo día bajo *pena de la vida*» (1).

En la imposibilidad de continuar tan ambigua conducta, proceder tan contradictorio, siete días despues, dispuso don Carlos que la minoría carlista no asistiese al Congreso, pretextando farsas, atropellos y desmanes, cuando había mas franqueza y verdad en decir, como decía: «Mañana protestará en el terreno que le exija la patria oprimida y las aspiraciones de un corazón español.» Este documento lo recibió Nocedal con la orden de insertarlo en los periódicos del partido; haciendo en el acto, despues de obedecer lo que se le mandaba, dimisión de todos sus cargos; ahogando en su pecho la pena de no poder razonar sin explanar los motivos de su dimisión, de que se diera la orden para el alzamiento sin haberle consultado, ni darle tiempo para que expusiera su dictamen: «preveía tristes consecuencias de un apresuramiento producido por personas de buena fe, pero ligeras, ó poco expertas, ó demasiado presumidas: apresuramiento que ha desbaratado planes que yo creía buenos ó de resultados seguros, ó muy probables, aunque mas lejanos. ¡Quiera Dios que no acierte y que este alzamiento no produzca como temo el resultado funesto de retardar por mucho tiempo el triunfo de la causa que simboliza el duque de Madrid y la salvación de España, que son una cosa misma» (2).

Desandando don Carlos dar á conocer las razones en que fundaba su actitud, las expuso en una especie de comunicado firmado por Arjona, en el que decía que el partido carlista rechazaba abiertamente, como lo exigían sus principios, las maniobras de los liberales, vanguardia del petróleo y de la disolución social; que deseaba á toda costa no hacer el primer disparo; que no iba á encender una larga guerra civil, sino que esperaba con una lucha corta y decisiva salvar la patria y mostrar tal vez el camino que conducía á la salvación de la sociedad, y se convocaba á los españoles á agruparse al rede-

(1) La parte esencial de las instrucciones que se dieron al comandante general de la frontera, decía así:

«2.º El grito de viva Carlos VII se dará en primer lugar por las guarniciones militares de Gerona, Figueras, Seo de Urgel y Pamplona, haciéndose dueñas de dicha plaza.

»3.º A la misma hora del mismo día se dará el golpe de Bilbao.

»4.º El mismo día é inmediatamente despues de consumadas estas empresas se hará el levantamiento general de las ocho provincias con arreglo á las órdenes que habrá V. E. dictado.

»5.º Tomará V. E. el mando de los ejércitos de Navarra y Vascongadas hasta que se presente S. M. cuidando de bloquear completamente á San Sebastian, intimándole la rendición, apoderándose de Irun y Fuenterrabía.

»Ginebra 8 de abril de 1872.—Emilio de Arjona.»

(2) Carta de Nocedal al secretario de don Carlos en julio de 1872.

dor de la bandera donde brillaban estas palabras: Dios, patria y rey.

Fuéronse reuniendo los comprometidos, con mas ó menos diligencia, pero escaseaban armas y faltaban municiones, á pesar de lo que en unas y otras se había gastado ó figuraba gastado en las cuentas y estados presentados por la junta de San Juan de Luz. Produjo esto gran conflicto especialmente en Navarra, porque siendo numerosas las presentaciones, y excesiva la aglomeración de la gente desarmada que estaba bajo la protección de la que tenía armas, no había medio de obrar, había que evitar todo encuentro con el enemigo, contentiendo el entusiasmo de aquellas masas. No se podía alimentar tanta gente reunida; ni podía permanecer por mas tiempo aglomerada en la sierra de Urbasa, llamando así mas la atención de los liberales que iban aumentando sus fuerzas, y les hicieron marchar por batallones sueltos á otros puntos donde encontrasen mas recursos, burlando al mismo tiempo la vigilancia del enemigo con los movimientos continuados y ejecutados bajo un plan general.

Las guarniciones con que se contaba no respondieron á un movimiento que no era para inspirar la mayor confianza, no queriendo ninguna fuerza del ejército ser la primera; tampoco secundaron el movimiento los republicanos; faltaba dinero; se indispusieron unas con otras las autoridades carlistas, contrariando y disgustando á Rada; perjudicó mucho á la causa carlista la poca armonía que reinó en Guipúzcoa, donde no se cumplieron, en general, las órdenes de aquel, y se suscitó un grande antagonismo entre el jefe civil don Miguel Dorronsoro y el superior militar. Era general este antagonismo, que produjo algunos desórdenes, y sin nada organizado, sin hallarse en la Ulzama, en los montes de Oyarzun y en otros las armas que se suponía debía haber en ellos, efectuó don Carlos su entrada en España por la parte de Aseain. En todas partes encontraba defensores, pero carecía de dinero, de armas y de buena dirección. Si muchos de los que manejaron bonos hubieran sido honrados, no hubieran faltado los elementos necesarios, ni contarán los carlistas entre sus mismos correligionarios sus mayores enemigos.

En Navarra, en las Provincias Vascongadas, y en algunos puntos de Cataluña, se efectuó sin obstáculo el levantamiento, iniciado solo en la parte oriental de España, y en pocos pueblos de Castilla. En vano pedía don Carlos explicaciones por la falta de cumplimiento de muchos comandantes generales de Aragón, Valencia, Castilla, Extremadura y Andalucía; en vano exigían algunos el cumplimiento de palabras solemnemente empeñadas, de juramentos sagrados, todo inútil: los que se lanzaron al campo al frente de pequeñas partidas, no pudieron hacer otra cosa que esquivar la persecución que se les hacía, soportando las mayores privaciones, sufriendo resignados las mas grandes fatigas y mostrando seguramente verdadero heroísmo.

En cuanto al gobierno, ni era un misterio, ni podía sorprenderle el levantamiento carlista: la prensa y las autoridades le anunciaban: se hablaba de él sin reserva en Bayona, en Biarritz, en San Juan de Luz y en todos los pueblos de la frontera hasta Perpiñan; en San Sebastian, además, se abrían las cartas y se enviaban al gobierno las copias de las que podían interesarle; y á pesar de todo esto, al estallar la sublevación, nuestro ejército, ni por su número, ni por su fuerza, ni por su organización para entrar en campaña y pasar con la necesaria rapidez del estado de paz al de Guerra, se encontraba en condiciones de sofocar prontamente aquel incendio; pero se encargó del ministerio de la guerra el general Zavala, que supo con su actividad y pericia multiplicar los elementos de que disponía, y bastaron, no algunos batallones, sino cuadros de batallón para lograrlo. No pasaron de veinte los que se pudieron reunir, aun desguarneciendo puntos importantes de la Península y de las Baleares, y estos sin organización alguna para entrar en campaña, sin material y sin ninguno de los elementos que constituyen los ejércitos modernos: hubo necesidad de empezar por donde se empezó para la guerra de Africa, por donde se comienza siempre en nuestro país, por crearlo é improvisarlo todo. Era necesario emprender las operaciones con rapidez y decisión para no incurrir en el mismo

defecto que en 1833: así lo comprendió Zavala y á la vez que se empezaban las operaciones, organizaba el ejército, le dotaba del personal sanitario y administrativo, y se cambiaba á algunos batallones el fusil ya antiguo por el moderno á cargar por la recámara. Todo esto que debía haber estado hecho, dilatada y entorpecía las operaciones de una guerra que, como todas las civiles, son en su origen de guerrillas, y hay que perseguirlas activa y constantemente.

Los liberales tuvieron la suerte de que sus enemigos cometieron grandes desaciertos, sin los cuales, hubieran, cuando menos, puesto en gran peligro la causa liberal, porque había que atender á muchos puntos á la vez. Algunas autoridades estaban abrumadas; la de Navarra avisaba á cada instante levantamiento de partidas, cometiendo bastantes inexactitudes involuntarias; dijera que casi toda la juventud de la provincia, guiada por varios curas y los jefes designados, salió de sus casas alamando á los que la guiaban y gritando contra los liberales, y estuviera mas en lo cierto. Los que tenían armas formaban partidas que empezaron á merodear, con mala suerte algunas, como la de Miranda, á la que batieron é hicieron prisionero al cura de Elcano y á otros seis mas.

A las fuerzas que guiaba don Fulgencio Carasa se incorporaron las de don Jerónimo García, y observando que en Arizala había tropas que salieron á tomar posiciones, ocupando sus guerrillas la línea de árboles que desde el palacio ó granja de Anderrey conduce al río, dispuso Carasa el ataque, lo emprendieron todas las fuerzas armadas, distribuidas en dos pequeñas columnas mandada una por García y la otra por don Félix Diaz Aguado, arrollando y tomando á la bayoneta, despues de un ligero tiroteo, todas las posiciones que ocupaban los liberales, obligándoles á retirarse al pueblo, cogiéndoles bagajes, equipos, camillas y haciéndoles algunos prisioneros, entre ellos un guardia civil, con el que Carasa ofició al jefe de los liberales, teniente coronel Pino, intimándole la rendición, amenazándole de no hacerlo, con la quema del pueblo. Desechada dignamente esta intimación, se apresuró Pino á emprender cautelosamente á la caída de la tarde su retirada á Pamplona, habiendo tenido que pasar por posiciones, que, á estar ocupadas por los carlistas, no le hubiera sido posible llegar á la capital Navarra, como lo consiguió. Dos ó tres muertos y diez heridos que dejó en Arizala, fueron las pérdidas de la columna liberal, contándose entre los segundos un teniente y el secretario del ayuntamiento de Salinas de Oro que se había incorporado á los liberales, y los carlistas tuvieron tres muertos y diez heridos, que retiraron á Abarzuza.

Este fué el primer choque algo formal con que se inauguró la guerra; y no debemos omitir, que al amanecer del siguiente día—25 abril—Aguado, acompañado del vicario de San Pedro de Estella, fueron á Arizala á visitar y favorecer á los heridos liberales, diciéndoles en nombre de don Carlos lo muy doloroso y sensible que le era el derramamiento de sangre entre hermanos, y ordenando en su nombre al alcalde y cura de Arizala, que, asistidos todos con cuanto necesitaran, fueran conducidos en libertad al punto que designasen.

En Guipúzcoa merodeaban los levantados por Dorronsoro, su hijo, Recondo y otros, por los montes, sometiéndose á indulto algunos jóvenes desengañados. En Aragón se alzaron en Paracuellos de Giloca é inmediaciones los que pudo reunir Marco, derrotado á poco en Cantavieja, y quedando herido. Procedente de Navarra pasó el Ebro cerca de Montecagudo y por Novallas y Tarazona la partida de Fulgencio Jaime, permitiéndose algunos excesos, siendo casi copada por la guardia civil en Cueva de Agreda y Jaime cogido por los voluntarios de Monreal. Las partidas que trataron de establecer la guerra en la provincia de Soria, procedentes por lo general de Burgos, fueron en breve derrotadas: en Barbastro, carlistas y republicanos unidos, intentaron pronunciarse, esperando se pusiera á su cabeza don Luis Blanc; la partida de Sariñena tuvo que dispersarse y huir el jefe, y no progresó mucho la que levantó el alcalde de Alcolea del Cinca; la de Calamecha, en la provincia de Teruel, fué rechazada por los liberales de Loscos: don Narciso Alegre se presentó con una partida en Villarroya de los Pinares. En Alcedo, Puente de Castro, inmediaciones de Sahagun y otros puntos de la pro-

vincia de Leon salieron partidas mas ó menos numerosas; pero la captura del jefe de la de Santas Martas ejerció tal influencia, que comenzaron á dispersarse las demás, perseguidas activamente, como la levantada en Piña de Esgueva, provincia de Valladolid. No progresaban tampoco mucho en la de Palencia. En las de Segovia, Guadalajara, Cuenca, Toledo y Ciudad Real, se formaron igualmente partidas mas ó menos numerosas, no faltando Sabariego y otros consecuentes y valerosos carlistas en sus puestos. Cerca de Madrid, en Torrejon de Ardoz, hizo la guardia civil abortar la formación de una partida.

Reinaba grande agitación en el Maestrazgo; pero faltaba dirección y hubo de resentirse el movimiento de la rivalidad que suscitó don Antonio Dorregaray por cuestión de mando. Cumplió, sin embargo, organizando el levantamiento de la mejor manera que pudo, desde que en marzo del año anterior fué nombrado comandante general de Valencia, se trasladó ocultamente á esta capital, y al recibir el 22 de abril la orden para el alzamiento, salió al campo con solo 105 hombres muy mal armados y con escasísimas municiones, pues á pesar de que contaba con algunas fuerzas del ejército y muchas de voluntarios, los primeros faltaron á sus compromisos y los segundos se retrajeron la mayor parte, porque se les hizo creer por Royo y Herreros, presidentes de las dos juntas carlistas, que el movimiento se había suspendido.

Al día siguiente luchó Dorregaray en Portaceli con una columna liberal, sosteniendo tres horas el combate sobre el mismo terreno, resultando Dorregaray gravemente herido en el brazo izquierdo. Conducido á Valencia se encargó de su gente el coronel Vidal para proteger el alzamiento del que Dorregaray se ocupaba.

No descuidaba el gobierno cuanto hacer podía para vencer aquella incipiente insurrección, y evitar una guerra civil, y formado como por encanto un ejército, encomendó su dirección al duque de la Torre, que se apresuró á ponerse á su frente; corrió á Tudela, donde dirigió una alocución á los habitantes de Navarra, Aragón, Vascongadas y Burgos y otra al ejército, recordando á los primeros el sentimiento de la patria, olvidado por los que levantaban el pendón de la guerra civil; les estimulaba á volver al seno de sus familias, á contribuir á la pacificación del país para lograr así su ventura, no teniendo razón la guerra cuando estaba garantizado el ejercicio de todos sus derechos y abiertas las Cortes á las que podían llevar sus quejas; y manifestó á los segundos el orgullo y satisfacción que sentía de hallarse á su frente, contando con su valor y disciplina para terminar en breve aquella lucha fratricida.

El general Moriones, que operaba en Navarra, no tenía seguramente fuerzas bastantes para hacer frente á los carlistas que allí había, aun cuando creemos que, á haber sabido su carencia de armas cuando se hacieron en la sierra de Urbasa, no hubiera dejado de acometerlos con favorable resultado. De ninguna manera operar con las fuerzas subdivididas, exponiéndolas á percances como el que sufrió la columna Pino. Reconcentró Moriones sus tropas en Estella y allí las bloquearon los carlistas que acometían á cuantos entraban ó salían de aquella ciudad, trabándose algunas sangrientas escaramuzas: nombrado ya el general en jefe, se ordenó se replegaran todas las columnas hasta la presentación de aquel, y esta reconcentración de fuerzas la aprovecharon los carlistas para adelantar en su organización y armamento.

Serrano avanzó hácia Tafalla, ocupando Moriones la línea entre Pamplona y Estella; se hizo una conveniente distribución de las fuerzas y comenzaron las operaciones.

En Guipúzcoa, en tanto, se habían escalonado fuerzas liberales en diferentes puntos, y en cuanto se presentaron las primeras partidas carlistas se vieron estas perseguidas en todas direcciones. Era lo único que entonces podía hacerse: en esta clase de luchas y en aquel país, es cuestión de piernas la guerra; la persecución tiene que ser incansante, y siendo entendida, si no se destruye al enemigo, no se le permite medrar y se le cansa, se le hostiga, se le priva de recursos y se le va así aniquilando. Reconcentradas en Tolosa y San Sebastian las columnas liberales para reorganizarlas, dándoles ma-

yor fuerza, exigida por el crecimiento de los carlistas, si así escapaba á estos alguna buena presa, aprovecharon sin embargo el intervalo causando desperfectos en la vía férrea y en el telégrafo, y aumentando su gente; pero solo estuvo suspendida poco mas de un día la persecucion, que continuó con tan buen resultado que las partidas de Amilibia é Iturbe tuvieron que pasar á Vizcaya por Marquina, y la mas numerosa de Reondo, acosada día y noche, sin poder racionarse ni reemplazar sus alpargatas, y muchos descalzos, tuvo que rendir las armas en Aranaz, pasando á Francia Reondo y los oficiales.

Desde que don Carlos se decidió por la guerra, solo pensaba en tomar parte en ella, teniendo la conviccion de que su presencia valia un ejército porque «daria aliento á los valientes, decision á los tibios y miedo á los traidores.... Cuando estemos juntos intentaremos algun disparate audaz, que nos saldrá bien sin duda, y cambiará la situacion.» Salíó el 20 de Ginebra, y á pié y casi solo penetró en España el 2 de mayo por la frontera de Ascaín, mientras Rada corria á impedirlo por la parte de Sara, á fin de evitarle los peligros que preveia; pero ni Rada que llegó hasta Cambo pudo salvar la frontera al regresar á España, ni podia encontrarse con don Carlos que se habia internado en Navarra. El mismo día de su entrada en España, publicó don Carlos en Vera una alocucion llamando á su defensa á los soldados del ejército (1), y no creyendo necesario hacer una nueva declaracion de principios, dirigió una alocucion á los españoles diciéndoles que venia á salvarlos y á devolverles el bienestar, la importancia en el mundo y la independencia nacional; que cada gota de sangre que se derramara seria una herida en su corazon; llamaba á todos los españoles, sin excepcion para que se agruparan á la bandera tradicional en la que nuestros padres habian escrito, Dios, patria y rey, uniéndose todos gritando «abajo el extranjero, y al rugido del leon español huirán espantados los instrumentos de la revolucion y los satélites de Italia. Venid todos á mí; que si venis unidos, será fácil empresa devolveros la paz, la abundancia, los fueros y la verdadera libertad á vuestro rey Carlos» (2).

El recibimiento que tuvo don Carlos en Vera pudo lisonjearle: repique de campanas, entusiastas aclamaciones, eran

(1) «Soldados: A través de cuarenta generaciones, habeis guardado como valientes y españoles, de padres á hijos, el sagrado fuego de la independencia.

Con vuestra sangre generosa habeis escrito en las páginas de la historia mil nombres heroicos desde Sagunto hasta Bailen.

Y no cabiendo en la Peninsula vuestras glorias, paseasteis la bandera española cubierta de laureles desde Otumba á Lepanto. Entonces los reyes eran capitanes, y timbre de nobleza el burdo capote del soldado. Pasaron aquellos tiempos: la revolucion, vilipendiando vuestro traje, os convirtió en mercenarios de raquíticas ambiciones. Hoy, con mengua del orgullo español, relajada la disciplina, menospreciado el mérito, premiada la traicion, y desoidos los gritos que indignados exhalan en la tumba vuestros padres, sufrís el yugo extranjero, ostentáis una bandera que no es el pendon de los héroes de dos mundos.

¡Soldados! vuestro rey legítimo os llama para volveros vuestras glorias, vuestra disciplina, vuestra honra, vuestra antigua grandeza.

La bandera que levanta mi brazo y que no rendirá mientras quede un jiron para ostentarlo, es la bandera de nuestros abuelos, la enseña de nuestra independencia y nuestras conquistas.

¡Soldados! si el extranjero os manda contra mí, y osais hacer fuego á vuestro rey, admiraré siempre vuestro valor, llorando por el honor nacional.

Siempre sereis mis hijos predilectos, y por eso os llamo, como amigos, para devolveros vuestra nobleza perdida, vuestra disciplina olvidada, vuestras glorias marchitas, vuestras merecidas recompensas, para salvar la patria con vosotros, honrándos como los mejores, y honrándome en compartir vuestras fatigas rey y soldado, enorgulleciéndome de vestir siempre vuestro uniforme.

¡Soldados! como padre os llamo: venid todos por Dios, por la patria y por vuestro rey Carlos.»

(2) No habiéndose tenido noticia en Madrid con antelacion de las anteriores proclamas, se imprimieron otras dirigidas á los españoles, soldados y marinos, que se enviaron á los periódicos y estas las difundieron. Son notables por lo bien escritas, pero apócrifas, y las han admitido como auténticas casi todos los que de estos sucesos se han ocupado, no con mucha exactitud y demasiado ligeramente.»

Historia Contemporánea, etc.

bastantes no solo para dejar satisfecho á cualquier caudillo, sino para enloquecer á un jóven que representaba por primera vez el papel de rey entre sus súbditos. En su marcha al valle de la Ulzama recibió una verdadera ovacion: de todos los pueblos acudian á conocerle, y asombrados de su arrogante presencia, le victoreaban con efusion verdadera.

Uniéndose á don Carlos los carlistas navarros y dirigiéndose todos al valle de la Ulzama, ordenó Serrano á Moriones que les persiguiera, colocó á Letona en Lecumberri para cortar el paso á Guipúzcoa, y él con la division Acosta se situó en Irurzun para que no pudieran ir los enemigos á las Amezcoas. Sabedor Carasa de los movimientos de los liberales, y especialmente de lo cerca que le perseguia Moriones que ya se habia apoderado de las raciones preparadas en Madoz y avanzaba por la parte de Oroquieta, marchó hácia Leiza. Al saber entraba en este pueblo una columna liberal, dieron media vuelta los carlistas, volvieron á pasar por Erasun, tomaron el monte situado á la izquierda, y cuando la cabeza de la columna llegó á lo alto, empezó á correr la voz de que allí estaba don Carlos. Estaba en efecto con Arjona, los hermanos Villares, los Albalat, Calderon, Villadarias y varios otros, guiando don Juan Bautista Aguirre las fuerzas que le acompañaban. Preguntó don Carlos por el estado y situacion de las demás fuerzas, manifestándose satisfecho del movimiento por las suyas efectuado, y al contestarle Aguado, mensajero de Carasa, que don Carlos estaba allí vendido por rodearle cinco columnas enemigas, se indignaron Arjona y Aguirre. Se desvaneció algun tanto, sin embargo, la confianza que habia, ordenó don Carlos que Carasa se le uniese, y las fuerzas de este volvieron á contramarchar, no obstante lo fatigadas que estaban por la larga jornada de aquel día —3 de mayo,—llegando á las ocho y media de la noche á Labáyen á pesar de haber dicho á Carasa de orden de don Carlos, su capellan Aldaz, que con sus fuerzas habia ido á pernoctar al pueblo de Urroz de Santisteban distante una legua de Labáyen, que Moriones se alojaba en un pueblo inmediato. A media noche fué Carasa á Urroz, conferenció largamente con don Carlos, se les unieron en la madrugada las fuerzas del primero guiadas por Iturmendi, y unidas todas emprendieron la marcha por el monte, en cuyo alto descansaron, se dió á conocer don Carlos, entregándose una peseta á la clase de tropa, comió aquel señor la mitad de una magra que le dió Pérula, y prosiguieron hácia Oroquieta, donde llegaron al medio día, alojándose don Carlos con su Estado Mayor en casa del Abad, y Carasa con el suyo en la inmediata. Ollo y Aguirre con su gente siguieron á Elizaburu, tres cuartos de legua. En Oroquieta quedaron unos 400 hombres mal armados y sobre 1,000 desarmados. En la marcha á Oroquieta obligó el hambre á degollar unas reses que encontraron en el camino.

Al salir Moriones el 3 de Lecumberri, donde dejó todo el bagaje, reduciendo á lo mas necesario su repuesto de municiones, fue por Léiza, atravesando montes, á Ezcurra, y de allí á Erásun, alcanzando á ver la retaguardia de los carlistas, que se retiraban por las alturas de la izquierda. En la madrugada del 4 y por cuevas pedregosas marchó á Saldias: el cielo estaba despejado y el sol calentaba; la tropa iba sedienta y agradeció mucho la caridad de las mujeres de este pueblo, que colocadas con herradas de agua al lado del camino, ofrecian este refresco. Supo Moriones en Labáyen que sus enemigos le llevaban dos horas de ventaja, é iba con ellos don Carlos; noticia que le sorprendió en extremo. A las diez y media, aprehendieron los soldados en las Tejerías de Urroz, cinco reses vivas, pan y vino, que iba para los carlistas, y en el acto se distribuyó con gran contentamiento de todos. A las doce se continuó la jornada, buscando los carabineros la pista del enemigo en el césped de la montaña.

Moriones habia formado un completo semicírculo, cuyo centro era Oroquieta; mas no sabia el jefe liberal, que allí se hubiese dirigido don Carlos. Habiale perdido la pista al entrar en un áspero camino de pico de roca, sin saber cuál tomar, porque el que llevaba bifurcaba con otros. Tenia la conviccion de que el enemigo estaba cerca, pero ignoraba hácia donde, y no podia decidirse á tomar una direccion que fuera opuesta á su objetivo. Unos pastores que le deparó la fortuna,

si bien negaron al principio haber visto á los carlistas, atemorizados por el peligro al mandar se les fusilara, dijeron el tiempo que hacia que pasaron, y el camino que llevaban, que era el de Oroquieta, pequeño lugar de unas 140 almas, en el valle de Basaburua Mayor. Esparcido su caserío, el principal grupo de viviendas estaba situado en la meseta de un cerro ó altito dominado por varias alturas.

Rendidos, descalzos, hambrientos y en deplorables condiciones materiales, habian llegado los carlistas á Oroquieta. Hubo quienes consideraron gran fortuna comer algun salvado, que probablemente estaria destinado para los puercos. Fue causa esta escasez de no pocos desórdenes, que obligaron á que este mismo día 4 se diera una orden general, en la que despues de manifestarse don Carlos satisfecho del espíritu y decision de sus voluntarios, «veia con disgusto que se habian cometido algunos actos de violencia, cuya repeticion deshonraria la grandeza de su causa; y á partir de aquella fecha, serian tratados con el rigor de la ordenanza los que se olvidaran de sus deberes.»

Seguro Moriones de su presa, atravesó soberbios bosques de hayas, y á las tres pasaba el puente de Elizaburu ó de Donamaria, bajando por pendientes rapidísimas, resbalando caballos, cayendo hombres y cañones, siguiendo así hasta encontrar el río, por un desfiladero que la proximidad de los carlistas hacia peligroso. Estos cometieron la insigne torpeza de abandonar un punto tan estratégico. Llevaba Moriones seis batallones, un escuadron y una batería de montaña; distribuyó estas fuerzas en tres columnas y siguieron adelante.

Dos horas antes celebró don Carlos consejo, que se efectuó en el largo y ancho balcón del real alojamiento, dándose en él lectura de una comunicacion cogida á los liberales, en la cual decia Letona á Moriones que Serrano sabia aquel día de Irurzun para Lecumberri á fin de encontrarse con Moriones. A su virtud opinaron Aguado é Iturmendi, que debia emprenderse la marcha inmediatamente hácia Val de Echauri; se desechó esta opinion toda vez que para seguirla habia que atravesar la carretera, por la que segun el oficio debia ir el general Serrano á Lecumberri; nada se acordó en definitiva y terminada la reunion, bajó don Carlos á la plaza, paseándose y contemplando satisfecho á los voluntarios.

Todos estaban tan confiados y con tan poca prevision, que ni aun vigilancia tenian en el desfiladero antes referido, próximo al pueblo, que á haber estado medianamente defendido, aun por poca gente, hubiera costado mucha sangre el ganarle. Ni aun en las afueras del pueblo habia guardia; así que, en cuanto vieron, ya próximas, las tropas de Moriones, se produjo una gran confusion y un verdadero barullo; se gritó, á ellos; quedó don Carlos con Calderon, Villadarias (don Diego) y Arjona, corrió Pérula por la derecha, don Jerónimo García por la izquierda, y Aguado con un baston por el centro, llevando cada uno la gente que pudo reunir, que serian en junto unos 400 hombres, y resistieron con bizarría por espacio de hora y media sin abandonar sus posiciones. En la plaza del pueblo, en tanto, reinaba la confusion, gritando unos, á las casas, otros, al monte, y como allí estaban todos desarmados, el camino mas fácil era el de este último, y á la huida apelaron todos, incluso los que resistieron, abrumados por la superioridad del enemigo, corriendo todos sin previo acuerdo ni orden alguna.

Penetran en el pueblo las tropas que guiaban Navascués y Catalan; Provedo y Reina dirigieron los disparos de la artillería contra las casas, colocando las piezas á cien metros de ellas, y habiendo acudido las fuerzas de Ollo y Aguirre procedentes de Elizaburu, reanudaron el combate. Comprendió Moriones la necesidad de apoderarse instantáneamente de todas las casas del pueblo, distribuyó su tropa para asaltarlas y proteger la operacion, y llegado el momento oportuno despues de disparar la artillería algunas granadas, hizo la señal convenida, y á los pocos minutos era dueño de las casas y de sus defensores que quedaron prisioneros. La mayor parte de las casas las ocuparon carlistas desarmados, y solo hicieron algunos disparos, excepto en una ó dos que resistieron algo mas, por haber mas armados.

TOMO VI

Ambos contendientes contaron muertos y heridos, y los carlistas mas de 700 prisioneros.

Con mas vigilancia, subordinacion y orden en las huestes de don Carlos, casi todos pudieran haber escapado, como lo ejecutaron la mayor parte de los que hicieron fuego, al acabárseles las municiones. La sorpresa fué evidente y completa: si el primer grito hubiera sido *á salir por el otro lado*, con orden lo hubieran efectuado todos, porque nunca estuvieron cercados; á estarlo, habrian sido copados, incluso don Carlos, y nada mas fácil que cercar un pueblo como el de Oroquieta y sorprendiendo á sus pobladores. Esta fué la gran falta que se cometió: allí pudo quedar don Carlos prisionero, y concluida la guerra con su prision. El desastre, sin embargo, de los carlistas, fué completo, la dispersion desordenada. Don Carlos se retiró con Arjona, el cura Azpiroz y un guia, sin querer mas acompañantes, y trepando breñas, por caminos de contrabandistas, y pisando las nieves de mayo en los Alduides, ganó la frontera al día siguiente.

Tal es la verdad del hecho de Oroquieta, sobre el que nos hemos permitido algunos detalles. Si el general Zavala se apresuró á dar á Moriones el entorchado de teniente general, fué, cual lo dijo, como estímulo para mayores hechos, y garantía de que nada importaban las inclinaciones políticas; por lo demás, y en vida de Moriones lo dijimos, no podia vanagloriarse del triunfo de Oroquieta, ni de los peligros que hubiese podido correr, bajo el punto de vista militar, ni podia creer que una accion en que sus tropas tuvieron unos siete heridos y veinte contusos, fuera bastante para ganar una faja de general. En otros pequeños ascensos oyó mas balas que en Oroquieta; y en no pocas ocasiones habia sabido mostrar los especiales conocimientos militares que le distinguian: su valor, siempre.

Esta rota, de importantes consecuencias para la causa liberal, fué un gran desastre para los carlistas; pero *no importa*, dijeron; recordaron otros parecidos en la anterior guerra, y especialmente la derrota en los Arcos, que costó la vida á don Santos Ladron (1); y si entonces clamaron venganza, ahora gritaron, *adelante*, y adelante fueron.

CAPITULO V

Los carlistas en Navarra y en las Provincias Vascongadas.—Convenio de Amorevieta.—Cataluña.—Fueros catalanes.—Maestrazgo y otros puntos.

Como no estaban en Oroquieta todos los carlistas navarros, aquel mismo día 4 pernoctó Argonz con sus fuerzas en Beiraunza, no lejos Ollo y Aguirre con las suyas, procurándose la reunion de todas, incluso las de Pérula, que salieron á la madrugada de Oleoz, incorporándose con Carasa, que asumia el mando superior. Efectuaron una marcha estratégica huyendo del enemigo que les perseguia de cerca, y en Valle de Echauri tuvieron una gran desercion, tirando unos las armas al río y dejándolas otras en sus alojamientos; aumentó la desercion al día siguiente, efectuándose además una imponente insubordinacion que contuvo Carasa con una arenga. Siguiendo su marcha, se atrevió Pérula con una compañía y varios caballos á entrar en Puente la Reina para sacar raciones, increpó duramente á los mozos del pueblo por haber sido los primeros desertores carlistas, le aclamaron y le siguieron algunos, no muchos. En Ucar se encontraron los carlistas con fuerzas liberales, que, al quién vive, disparó el centinela, dispersáronse los primeros, tiraron muchos los fusiles y se apoderó tal pánico por el ruido que produjo el choque entre sí de los instrumentos de música que conducia un mulo y al trotar, abandonado, llevaba el terror en pos de sí, que desaparecieron no pocos carlistas. Hubo despues algun pequeño tiroteo en Unzué, no experimentaron bajas los carlistas ni se vieron perseguidos; en Lerga hubo algun desorden porque cuatro ó seis, incluso Lizárraga, se disputaban la jefatura, y el único que tenia autoridad para ejercerla era Itur-

(1) Véase *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, 2.ª edicion, por D. A. Pirla, tomo 1.º, pág. 179.